

LIBRO TERCERO¹

CAPÍTULO PRIMERO

Panorama de toda la obra y distribución de materias que se han de tratar en adelante.

Dijimos en el libro primero de toda la obra, y tercero respecto de éste, que iniciaríamos nuestra historia por la guerra social, la de Anibal y la de la Celesiria. Allí también expusimos las causas por que, recorriendo los tiempos anteriores, escribíamos los dos libros precedentes. Ahora trataremos de referir con claridad estas guerras, las causas de que se originaron y los motivos por que se hicieron tan memorables. Pero antes diremos algo sobre el propósito de la obra.

El único objeto de todo lo que nos hemos propuesto escribir es hacer ver el cómo, cuándo y por qué causa todas las partes del mundo conocido fueron sometidas al poder de los romanos; y como este suceso tiene principio conocido, tiempo determinado y conclusión evidente, tuvimos a bien poner a la vista como en bosquejo aquellos principales hechos que mediaron entre su fin y principio. Nada en mi concepto es más capaz de dar al lector una justa idea de todo el propósito. Porque como muchas veces el ánimo por el todo viene en conocimiento de los particulares y, al contrario, por los particulares muchas a la cierta ciencia del todo; nosotros, que reputamos por el mejor método de enseñar y explicar el que proviene de ambos, daremos consiguientemente a lo dicho un prospecto de nuestra historia. La idea general del argumento y términos en que está prescrito ya la hemos declarado. Los hechos particulares tienen su origen en las guerras que se han mencionado; su conclusión y éxito en la ruina del reino de Macedonia; el tiempo que ha mediado entre su principio y fin, cincuenta y tres años; en los cuales se contienen tales y tan sobresalientes acciones, cuales ninguna edad anterior comprendió en igual intervalo. La narración de éstas, empezando desde la olimpiada ciento cuarenta, es como se sigue.

1. Completo. Véase la nota 1 de la pág. 23.

Luego que hayamos demostrado las causas por que se suscitó la guerra llamada anibálica entre cartagineses y romanos, expondremos cómo aquéllos, invadida Italia y arruinado su poder, pusieron en el mayor apuro a las personas y patria de éstos, y llegaron a concebir la magnífica y extraordinaria esperanza de hacerse dueños, por asalto, de la misma Roma. Trataremos después de explicar cómo por aquel mismo tiempo Filipo, rey de Macedonia, finalizada la guerra con los etolios y sosegados los disturbios de Grecia, empezó a unir sus miras con los cartagineses; cómo Antíoco y Ptolomeo Filopátor disputaron entre sí y vinieron al cabo a tomar las armas por la Celesiria; cómo los rodios y Prusias declararon la guerra a los bizantinos, y les obligaron a levantar el tributo que exigían de los que navegaban al Ponto. Aquí nos detendremos y examinaremos la política de los romanos, para hacer ver al mismo tiempo que contribuyó muchísimo lo peculiar de su gobierno a recobrar no sólo el mando de Italia y de Sicilia y añadir a su imperio España y Galia, sino también a sojuzgar finalmente a los cartagineses y pensar en la conquista del universo. Al mismo tiempo daremos cuenta por una breve digresión de la ruina del reino de Hierón Siracusano. Añadiremos después los alborotos de Egipto, y de qué modo, muerto el rey Ptolomeo, Antíoco y Filipo conspiraron sobre la división del reino, dejando a su hijo, y atacaron con engaño y violencia éste el Egipto y la Caria y aquél la Celesiria y Fenicia.

A esto seguirá un resumen de las acciones de romanos y cartagineses en España, África y Sicilia, de donde nos trasladaremos con la narración a los pueblos de Grecia y a las alteraciones que sobrevinieron en sus intereses. Referiremos las batallas navales de Átalo y los romanos contra Filipo, como también la guerra que hubo entre este príncipe y los romanos, por qué motivos y cuál su éxito. Uniremos a esto sus resultas, y haremos mención de aquel despecho que condujo a los etolios a llamar del Asia a Antíoco, y encender la guerra entre aqueos y romanos. Manifestaremos las causas de esta guerra, y el paso de Antíoco por Europa. Expondremos primero cómo huyó de Grecia; después cómo fue derrotado y tuvo que abandonar el país de parte de acá del monte Tauro; y finalmente, cómo los romanos, castigada la audacia de los galos, se apoderaron del imperio del Asia sin disputa, y libraron a los habitantes del Asia citerior de los sobresaltos e injurias de estos bárbaros. Expondremos después los infortunios de los etolios y cefalenios, y emprenderemos las guerras que Éumenes sostuvo contra Prusias y los galos, así como la que este príncipe y Ariarato hicieron contra Farnaces. Después de haber apuntado la concordia y gobierno del Peloponeso y el auge de la República de los rodios, haremos una recapitulación de todo el discurso y de las acciones, sin omitir la expedición de Antíoco Epífanés contra el Egipto, la guerra de Perseo y ruina del imperio de Macedonia. Todos estos hechos nos manifestarán por menor la conducta con que se manejaron los romanos para llegar a sojuzgar toda la tierra.

Si los sucesos prósperos o adversos bastasen para formar juicio de lo laudable o vituperable de los hombres y de los Estados, convendría sin duda que finalizásemos el discurso y concluyésemos nuestra historia en las últimas acciones que acabamos de apuntar. Puesto que, según nuestro primer propósito, se completa aquí el tiempo de los cincuenta y tres años, llega a su apogeo el auge y extensión del Imperio Romano, y todo el mundo se vio forzado a confesar que no había más

que obedecer a Roma y someterse a sus leyes. Pero como el mero éxito de las batallas no es capaz de dar una justa idea de los vencedores ni vencidos, porque a muchos las mayores prosperidades manejadas sin còrdura acarrearón tamaños infortunios, y a no pocos las más horribles adversidades soportadas con constancia se les convirtieron muchas veces en ventajas, tuvimos a bien añadir a lo dicho cuál haya sido la conducta de los vencedores después de la victoria, y cómo hayan gobernado el universo, qué aceptación y crédito hayan merecido de los pueblos, y cuáles y cuán diversos juicios se hayan formado de los que manejaban los negocios; qué inclinaciones y afectos prevalecieron y reinaron en el gobierno privado de cada uno, y en general de la república. Por aquí conocerá el siglo presente si es de desechar o adoptar la dominación romana, y los siglos venideros juzgarán si era digna de elogio y emulación, o de infamia y vituperio. En esto consistía principalmente la utilidad de nuestra historia, tanto para ahora como para el futuro. Pues yo no creo que ni los comandantes de ejército ni los que juzgan de sus acciones se propongan por último fin las victorias y las conquistas. Ningún hombre de entendimiento emprende una guerra por el solo fin de triunfar de sus contrarios, ni surca los mares sólo por pasar de una parte a otra, ni aprende las ciencias y artes únicamente por saberlas. Todos se mueven en sus operaciones o por el placer, o por la gloria, o por la utilidad que en ellas encuentran. Por lo cual la mayor perfección de esta obra estará en dar a conocer cuál era el estado de cada pueblo después de la conquista y sujeción del universo al poder romano, hasta que se volvieron a suscitar nuevas alteraciones y alborotos. La importancia de los hechos y lo extraordinario de los sucesos me han precisado a describir estas conmociones dándoles origen muy diverso. Pero la principal razón es haber sido no sólo testigo ocular de las más de las acciones, sino haber coadyuvado a la ejecución de unas y haber sido autor principal de otras.

Durante esta conmoción fue cuando los romanos llevaron la guerra contra los celtiberos y vacceos, los cartagineses contra Masinisa, rey de África, y Átalo y Prusias disputaron entre sí sobre el Asia. En este tiempo Ariarates, rey de Capadocia, destronado por Orofernes con la ayuda de Demetrio, recobró por sí mismo el reino paterno; Demetrio, hijo de Seleuco, después de haber reinado en Siria doce años, perdió la vida y el reino por conspiración de otros reyes; los griegos, acusados de haber sido autores de la guerra de Perseo, y absueltos del crimen que se les imputaba, fueron restituidos a su patria por los romanos. Poco tiempo después estos mismos atacaron a los cartagineses, al principio por despojarlos, y después con ánimo de arruinarlos por completo, por motivos que más adelante se dirán. Finalmente, hacia este mismo tiempo, separados los macedonios de la amistad de los romanos, y los lacedemonios de la República de los aqueos, se vio empezar y acabar a un tiempo el común infortunio de toda Grecia.

Tal es el plan que me he propuesto. Quiera la fortuna prolongarme la vida hasta llevar a cabo la empresa. Bien que, aunque me sobrevenga la muerte, estoy persuadido que no quedará abandonado el asunto, ni faltarán hombres capaces que, estimulados por su importancia, tomen a cargo llevarlo a la perfección. Pero, puesto que hemos recorrido sumariamente los hechos más señalados, con el fin de dar a los lectores una idea general y particular de toda la historia, será bien que, acordándonos de lo prometido, demos principio a nuestro argumento.